

rarme de si faltaba algo, me pidió, en tono suplicante, que le regalara un armario de luna. Se lo prometí y la dejé agazapada sobre una tapiz de Djebel-Amur, fumando un cigarrillo y charlando con la vieja árabe que debía servirla, como si se conocieran de toda la vida.

II

Durante un mes fui muy feliz con ella y me encapriché por aquella mujer de otra raza, que casi me parecía de otra especie, como si hubiese nacido en un planeta vecino.

No la amaba, porque no puede amarse á las hijas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, ni aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, no se abre nunca la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón harto rudimentario, una sensibilidad demasiado poco afinada para despertar en nuestras almas la exaltación sentimental que es la poesía del amor. Rada intelectual, ninguna embriaguez del pensamiento se mezcla á la embriaguez sensual que provocan en nosotros esos seres encantadores y nulos.

*Miss Harriet—8*

Se apoderan de nosotros, sin embargo; pero de un modo menos tenaz, menos completo, menos doloroso que las otras mujeres.

Lo que experimenté por Aluma no lo sabría explicar de un modo preciso. Le decía no hace mucho que este país, esta Africa desolada, nos seduce por un encanto oculto y poderoso, por la belleza constante de las auroras y de las noches, por su luz deliciosa, por el bienestar discreto que otorga á nuestros cuerpos. Pues bien, Aluma me enamoró por mil atractivos ocultos, puramente físicos, por la seducción penetrante, si no de sus abrazos, porque tenía una pasividad oriental, de sus dulces abandonos.

La dejaba enteramente libre de hacer lo que le viniera en gana, y se pasaba muchas tardes en el campamento vecino, con las mujeres de mis labradores indígenas. A veces se pasaba casi todo un día mirándose en el espejo del armario. Se admiraba á sí misma, y seguía con gran atención en el cristal todos sus movimientos. Andaba, se volvía; se detenía, se alejaba, se acercaba, y cuando al cabo parecía cansada de tantas idas y venidas, se sentaba en un almohadón y permanecía horas y horas ante sí misma.

Noté en una ocasión que desaparecía después de almorzar y que no volvía hasta la hora de la comida.

Un tanto inquieto, pregunté á Mohammed qué podía hacer Aluma durante aquellas horas.

—No le haga caso; se acerca Ramadán; debe rezar.

A Mohammed le encantaba también la presencia de Aluma en la casa; pero nunca descubrí entre ellos ninguna señal de inteligencia ni la menor turbación si llegaba de improviso y estaban juntos.

Aceptaba, pues, la situación tal como era, sin comprenderla.

A menudo, después de inspeccionar mis viñedos, daba yo largos paseos por el campo, pues si ha seguido usted alguna de las comarcas de esta tierra, debe saber que en ninguna parte es posible encontrar paisajes tan originales y bellos. En el curso de esos paseos hallaba á veces la blanca cúpula de una kubba que guardaba los restos de un humilde marabut, apenas visitado por algunos fieles que llevaban consigo una vela para encenderla en honor del santo.

Una tarde, al volver á casa, vi una de esas capillas moras, y mirando por la puerta, siempre abierta, vi

á una joven que rezaba ante la reliquia. Era un cuadro encantador, ver aquella mora sentada en el suelo, cubierto aquí y allá de montones de hojarasca.

Me acerqué para ver mejor y reconocí á Aluma. No me vió ni me oyó, absorta como estaba en sus devociones. Hablaba á media voz con el santo, creyéndose bien sola, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba un momento como para recordar lo que tenía que decir, y á veces se animaba como si el marabut le hubiese contestado, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que rechazaba á fuerza de razones.

Me alejé sin ruido y me fuí á casa á comer.

Por la noche la hice venir, y vi que tenía un aspecto preocupado que no le era habitual.

—Siéntate aquí—le dije indicándole un sitio á mi lado.

Se sentó, y como yo me inclinase para besarla, apartóse con viveza.

Quedé estupefacto.

—¿Qué te pasa?

—Es Ramadán.

Me eché á reír.

—¿Y el marabut te ha prohibido dejarte besar en Ramadán?

—Sí, yo soy una mora y tú eres un rumí.

—¿Y sería gran pecado?

—¡Ya lo creol

—¿De modo que no has comido nada hasta la puesta del sol?

—No, nada.

—Pero una vez puesto el sol ¿has comido?

—Sí.

—Bueno; puesto que ya es de noche, no puedes ser más severa para lo demás que para la boca.

Parecía crispada, ofendida, y dijo con una altanería que no noté jamás en ella:

—Si una muchacha mora se dejaba tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

—¿Y esto durará un mes?

Contestó con firmeza:

—Sí, todo el Ramadán.

Cogió mis manos y poniéndolas sobre su corazón, dijo:

—No seas malo; ya verás qué cariñosa seré. Haremos juntos el Ramadán. ¿Quieres? Te cuidaré, te mimaré; pero no seas malo.

No pude menos de sonreírme por lo desolada que estaba y la envié á dormir á su habitación.

Una hora después, cuando iba ya á acostarme, ol unos golpecitos suaves.

Dije: «Adelante», y vi á Aluma que traía una gran bandeja cargada de dulces árabes, á cual más estrafalarío.

Ella reía, enseñando los blancos dientes, y decía:

—Haremos el Ramadán juntos.

Supongo que sabe usted que el ayuno, empezado al amanecer, termina al ponerse el sol. Entonces es cuando se hacen las comidas íntimas. Y resulta de ello que los indígenas de la manga ancha se limitan, durante el Ramadán, á hacer de la noche día. Pero Aluma era más escrupulosa. Instaló su bandeja entre los dos en el diván y tomando una bolita azucarada, me la puso en la boca diciendo:

—Es bueno, come.

Comí el dulce que era muy bueno, en efecto, y le pregunté:

—¿Eres tú quién ha hecho esto?

—Sí, yo.

—¿Para mí?

—Sí, para ti.

—¿Para hacerme sufrir el Ramadán?

—Sí, no seas malo. Te traeré dulces cada día.

¡Qué mes tan tremendo! Un mes azucarado, dul-

zón, aburrido, un mes de mimos y tentaciones, de cóleras y de esfuerzos vanos contra una resistencia invencible.

Luego, cuando llegaron los tres días del Beirám los celebré á mi manera y se olvidó la cuaresma.

Pasó el verano, que fué muy riguroso. Al empezar el otoño Aluma me pareció preocupada, distraída, aburrida de todo.

Una noche, al hacerla llamar no la hallaron en su cuarto. Pensé que estaría por la casa y mandé que la buscaran. No había vuelto. Abrí la ventana y llamé:

—¡Mohammed!

Me contestó la voz de mi criado:

—¡Señor!

—¿Sabes dónde está Aluma?

—No, señor, no es posible. ¿Aluma perdida?

Algunos instantes después entraba el árabe en mi cuarto muy trastornado. Me preguntó:

—¿Aluma perdida?

—Sí, no parece.

—¿Es posible?

—Busca, hombre.

Permanecía en pie reflexionando, pensando, buscando. Luego entró en el cuarto de Aluma, cuyos

vestidos estaban tirados por el suelo. Examinó todo como un policía y después, incapaz de un esfuerzo prolongado, murmuró con resignación:

—¡Marchado, ha marchado!

Yo temía un accidente, una caída, é hice que los hombres todos de la tribu la buscasen por el campo y por los bosques.

La buscaron toda la noche y el día siguiente y durante toda la semana. No se descubrió ninguna huella que nos revelara su pista. Yo padecía; sentía que aquella mujer me era necesaria. Mi casa se me antojaba vacía y mi existencia desierta. Temía que la hubiesen arrebatado ó asesinado. Y cuando hablaba de esto á Mohammed, siempre obtenía la misma respuesta:

—No, marchado.

Luego añadía la palabra árabe «r'ezale» que quiere decir gacela, como para expresar que corría aprisa y que estaba lejos.

Pasaron tres semanas y ya no esperaba volver á ver á mi querida mora, cuando una mañana entró Mohammed muy alborozado y me dijo:

—Señor, Aluma vuelto.

Salté de la cama y pregunté:

—¿Dónde está?

—¡No se atreve á venir! ¡Allá, bajo el árbol! Y con el brazo tendido señalaba una forma blanca junto á un olivo.

Me levanté y salí. Cuando me aproximé á aquel fardo de ropa que parecía tirado al pie del árbol, reconocí los ojos oscuros y la cara ovalada y regular de la muchacha salvaje que me había seducido. A medida que avanzaba, sentía ganas de pegarla, de hacerla padecer. Desde lejos grité:

—¿De dónde vienes?

No contestó y permanecía inmóvil, inerte, resignada á sufrir mis violencias, mis golpes.

Estaba ya junto á ella y miraba con estupor los andrajos que la cubrían, aquellos harapos de seda y lana, sucios de polvo, desgarrados, sórdidos.

Repetí, levantando la mano como si se tratase de un perro:

—¿De dónde vienes?

Ella murmuró:

—De allá bajo.

—¿De dónde?

—De la tribu.

—¿De qué tribu?

—De la mía.

—¿Por qué marchaste?

Viendo que no la pegaba, cobró ánimo y dijo á media voz:

—Era preciso... era preciso... no podía vivir más en la casa.

Vi lágrimas en sus ojos y me estremecí como un tonto. Me incliné hacia ella y al sentarme vi á Mohammed que nos espiaba desde lejos.

Añadí con cariño:

—Ea, dime por qué marchaste.

Entonces me contó que desde mucho tiempo antes experimentaba en su corazón de nómada el deseo irresistible de volver á las tiendas, de dormir, correr y revolcarse por la arena, de correr de llanura en llanura con el ganado y de no sentir sobre su cabeza más que la delgada tela de la tienda remendada, á través de cuyos agujeros se ven los luceros cuando uno se despierta durante la noche.

Me explicó todo esto en términos sencillos y convincentes. Vi que no mentía y me inspiró lástima.

—¿Por qué no me has dicho que deseabas irte unas semanas?

—Porque no hubieses querido...

—Si me hubieses prometido volver, te lo consentía.

—No me habrías creído.

Viendo que no estaba enfadado, se reía, y añadió:

—¿Ves? Se acabó. He ido á mi casa y ya estoy de vuelta. Ya estoy saciada, ya estoy curada. He vuelto y ya estoy bien. Estoy muy contenta. Veo que no eres malo.

—Ven á casa—le dije.

Se levantó. Tomé su mano de dedos afilados, y triunfante bajo sus pingajos, sonando todos sus collares y ajorcas, se dirigió gravemente hacia nuestra morada, donde nos aguardaba Mohammed.

Antes de entrar dije:

—Aluma, cada vez que tengas ganas de volver á tu casa me lo dices y te dejaré marchar.

Me preguntó con desconfianza:

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Yo también te lo prometo. Cada vez que sienta la tristeza—y llevó ambas manos á la frente con ademán magnífico—te diré: «Necesito marcharme,» y tú me dejarás partir.

La acompañé á su cuarto, seguido de Mohammed que traía agua, porque no se había avisado aún la criada vieja que la servía.

Al entrar vió el espejo del armario y corrió hacia

Él como se corre hacia una madre. Se miró algunos instantes, hizo un visaje, y luego dijo al cristal:

—Espera, tengo vestidos de seda en el armario. Dentro de poco ya seré guapa.

Y la dejó sola, coqueteando consigo misma.

Empezó de nuevo la existencia de antes y continuó el imperio puramente físico que sobre mí ejercía aquella chica, por la que experimentaba una especie de desdén paternal.

Durante seis meses todo salió á pedir de boca; luego vi que de nuevo estaba nerviosa, un tanto triste. Le dije un día:

—¿Quieres volver á tu casa?

—Sí, lo quiero.

—¿No te atrevías á decírmelo?

—No.

—Vete: te lo permito.

Cogió mis manos y me las besó, como hacía en todos sus impulsos de reconocimiento, y al día siguiente había desaparecido.

Volvió, como la primera vez, al cabo de tres semanas, llena de polvo, astrosa, con la tez requeimada por el sol. En dos años fué cuatro veces á su casa.

Volví yo á tomarla alegremente, sin celos, pues

los celos nacen del otro amor. Quizá la matara si la sorprendiese engañándome; pero la matara por pura violencia, como se mata un perro que no obedece. Pero no hubiese sentido el fuego devorador, los tormentos de los celos del norte. Digo que quizá la matara como á un perro mal mandado. La amaba, en efecto, como se ama á un animal muy raro, perro ó caballo, imposible de reemplazar. Era un animal admirable, sensual, que tenía cuerpo de mujer.

No podría decirle qué distancia inconmensurable separaba nuestras almas, aun cuando nuestros corazones habían latido al unísono. Era algo indispensable para mí, una costumbre muy agradable á la que no podía renunciar el hombre carnal, el que tiene ojos y sentidos.

Y he ahí que una mañana Mohamme dentro en mi habitación con la cara trastornada, como si ocurriese una catástrofe.

Yo le dije, al notar lo:

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Aluma marchado.

Me eché á reír.

—¿Adónde?

—Marchado del todo.

—¡Cómo!

—Sí, señor.

—Estás loco, muchacho.

—No, señor.

—¿Por qué ha marchado? ¡Explícate!

Permanecía inmóvil, sin querer hablar; luego, de pronto, tuvo una de aquellas explosiones de cólera árabe que nos hacen detener en las ciudades orientales ante dos energúmenos que, perdida su gravedad y mesura, vociferan y manotean.

Pude sacar en limpio que Aluma se había marchado con mi pastor.

Tuve que calmar á Mohammed y arrancarle los detalles uno á uno.

Mucho tardé, y supe por fin que desde ocho días antes espiaba á mi querida que daba citas, en un torrente cubierto de adelfas, á un vagabundo que el mes antes había alquilado como pastor mi intendente.

La noche última Mohammed la había visto salir, pero no volver, y repetía exasperado:

—¡Marchado, señor, marchado!

No sé por qué, pero lo cierto es que no dudé un momento, que creí en seguida en su fuga con el vagabundo. Era absurdo, inverosímil y cierto, sin em-

bargo, por virtud de que lo irracional es la única lógica de las mujeres.

Angustiado, colérico, trataba de recordar las facciones de aquel hombre y me acordé, de repente, que le había visto la semana anterior, rodeado de su rebaño y mirándome. Era una especie de beduíno cuyo color se confundía con el de los guiñapos que le cubrían, un tipo de bruto bárbaro, de pómulos salientes, nariz picuda, barba pequeña, piernas descarnadas y una mirada falsa de chacal.

No dudaba de que hubiese huído con aquel miserable. ¿Por qué? Porque era Aluma, la hija del desierto. Otra, en París, hija del arroyo, hubiese huído con mi cochero ó con un ratero.

—Bueno—dije á Mohammed.—Si ha marchado, tanto peor para ella. Tengo que escribir. Déjame solo.

Se fué, sorprendido de mi calma. Yo me levanté, abrí la ventana y respiré el aire cálido del Sur, pues soplabá el sirocco.

Luego pensé:

—Dios mío, es una... una mujer como las otras. ¿Se sabe acaso jamás lo que las mueve á dejar un hombre para tomar otro?

Sí, á veces se sabe—casi siempre se ignora—en ocasiones se duda.



¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? Quizá porque el viento soplaba del Sur hacía un mes.

¡Esto basta: un soplo! ¿Sabe ella, saben las otras, aun las más listas y afinadas, el por qué de sus actos? Ni más ni menos que una veleta que gira según sopla el viento. Una brisa insensible hace dar vueltas á la flecha de hierro, lo propio que una influencia imperceptible, una impresión ligerísima impulsan el corazón variable de las mujeres, ya sean de las ciudades, del campo, de los arrabales ó del desierto.

Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron esto ó lo otro; pero de momento lo ignoran, pues son juguete de su sensibilidad, esclavas aturdidas de los acontecimientos, del ambiente, de las emociones, de los encuentros y de los roces que estremecen su alma y su carne.

El señor Auballe se había levantado. Dió algunos pasos, me miró y dijo sonriendo:

— Este es un amor del desierto.

Yo pregunté:

— ¿Y si volviera?

— Aunque es una estúpida... me alegraría.

— ¿Y le perdonaría usted el pastor?

— Sí. Con las mujeres es preciso perdonar siempre... ó ignorar.